

NOTAS

LAUDE A MARIA Y SU TEMPLO DE SONSON

Por Jaime Sanín Echeverri

Hace dos mil años que vivió una doncella aldeana en Nazaret de Galilea, poblado así de parvo que hizo exclamar a quien bien supo por qué lo decía: "Pero... de Nazaret puede salir algo bueno?" Su atmósfera natural fue el milagro. Desde el primer instante de su concepción inmaculada hasta su gloriosa ascensión, toda su naturaleza está colmada de lo sobrenatural y de lo preternatural sin dejar de ser naturaleza. Cuandoquiera que de ella se habla resultan las voces humanas tan incapaces que producen la sensación de balbucesos. Vista desde el albor del Génesis es desconocida casi por completo su historia. Las generaciones cristianas, en arrobamiento de amor, han indagado en vano para llenar el vacío de su biografía y de su retrato. Las pocas líneas, empero, que dedican a su historia los evangelistas son tan abundantes de sentido que en ellas se han inspirado más libros y, más bellos libros que los escritos sobre todas las demás mujeres juntas. Tan grande es la belleza de los pocos hechos que constan de su paso sobre la tierra, que nadie, acaso ni el mismo Nuestro Señor, ha inspirado tantos y tan excelentes lienzos y frescos a los pintores de todas las épocas que la han sucedido. Su retrato, adivinado por los humanos sumando todas las bellezas conocidas, debe ser pálido frente a la verdad de su belleza como la luna ante el sol, y sinembargo es el mejor ornato de todas las basílicas y catedrales, la primera luz de arte que llega a la cuna del recién nacido en cristiandad y el último destello pictórico que queda grabado en la rutina de cuantos mueren en el Señor. ¿A qué otra mujer, cristiana o pagana, nombrada por su belleza o por su poderío, por sus pecados o por sus virtudes, le ha tocado una gloria al menos remotamente comparable a la de esta Virgen del mísero burgo palestino? ¿De quién se repite sin cesar, siquiera sea mil veces menos, su nombre? Cuando engegucidos por tanta luz hay teólogos que quieren ser avaros en su loa, el pecado se enseñoorea en ellos y huyen anatematizados a las tinieblas de las más desgarradoras herejías.

Fue esta cándida mujer de ojos bajos la que derrocó de las aras magníficas de todo el imperio a la sensual y exquisita Virgen de Gnido. Ante ella enmudecieron las Minervas que eran la voz y el nombre de las ciudades doctas. Por cada diosa pagana, trunca y maltrecha, que se conserva en los museos para una perennidad solitaria sin adoradores, cuántas madonas hurtadas a los templos o compradas en mala hora a las familias patricias, reciben sin cesar la admiración

Notas

de los artistas y las lágrimas de los cristianos porque las contemplan vecinas a las desnudas deidades caducas.

Dos grandes dolores hay para el hombre de bien cuando recorre los fríos dominios geográficos de la heregía. En cada pueblo hay un templo de piedra que construyó le fe católica de mejores siglos, y que hoy usufructúan con su monótona salmodia los que protestaron contra la hiperdulía de esta señora. Ese templo no tiene cruz. Sobre su aguja gótica, la prosaica figura de un gallo demuestra cómo quienes destruyeron las imágenes incomparables de María, por una torpe interpretación del primer mandato del decálogo, "no harás para tí escultura", la suplen por grotescas figuras de animales, comparables apenas con la vulgaridad del culto egipcio. Y este es el segundo gran dolor. Si por fuera los templos parecen dedicados al dios Gallo, por dentro están los nichos vacíos, los murales borrados y los altares sin Ama, como casa de viudo, porque en la casa que fue de Dios ni está El vivo en la Eucaristía, ni está el retrato de su Madre, antes las huellas de las más sacrílegas profanaciones

¿Por qué esta rebelión, ya fuerte en los tiempos remotos de Arrio, cobró un poder descomunal en el hombre moderno? ¿Por qué Europa se dividió en dos secciones antagónicas y belicosas en torno al nombre de María? Todos los grandes pecados nacen del orgullo. El pecado del Angel es que quiso ser como Dios: —Quién como Dios? le responde Miguel. El pecado del hombre es que también quiso ser como Dios: "Serás como Dios", dijo la serpiente a Eva.

Hay grande diferencia entre la locución Madre de Dios, con que los católicos de todos los siglos conocemos a Nuestra Señora, y la expresión Madre de Jesús, característica de todos los herejes, y lazo de unión único en la anarquía de todos los protestantes.

Dios es Eterno, no tuvo principio, y sin embargo Dios Eterno tiene madre temporal, madre nacida, muerta, resucitada y asunta. Para explicar esta verdad revelada, de cuya exactitud no cabe dudar, la filosofía humana se enriqueció con la separación de la hipóstasis y la naturaleza sin la cual el cristianismo carece de sentido en éste y en todos los misterios de la redención. Sin ella el cristianismo se reduce a ese lánguido acabarse poco a poco que vemos aun en las más pujantes herejías. Porque, señores, nuestra religión o es revelada por Dios, y entonces la aceptamos con todas sus consecuencias, o es tan absurda que ni siquiera vale como mito. Pero ¿cómo ha de ser mito esta invariable doctrina, que resiste en su creciente robustez todos los embates de la humana sabiduría, el incontenible correr de los siglos, la arremetida de los hallazgos y las hipótesis, y se conserva intacta y fecunda, siempre actual y siempre a la avanzada, firme sobre los pilares de la antigua profesía y de los milagros interminables, a la cabeza de los cuales está el de su conservación humanamente imposible y divinamente profetizada?

Apestanda por el pecado toda la cosecha humana, el Creador se había reservado en su seno este grano de simiente incontaminado. Grácil, delicada, perfumada, fina, tierna y dulce, todos los epítetos de la feminidad se aposentán en ella como en el más selecto ejemplar de su sexo. Y estos atributos son los que los hombres hemos por siglos cuajado para construir nuestros ídolos. Así que la mente renacentista, al encontrar tan cerca de Dios a esta mujer como nadie lo estuvo, lanzaron su grito de rebelión. El Angel pecó, según graves intérpretes, al prever que Dios habría de ser hombre. El hombre moderno pecó al saber que

Notas

Dios era hijo de mujer, lo cual elevaba a esta criatura concebida por nosotros para el placer y el amor, a una altura tal que tiene derecho a toda nuestra pleitesía vasalla.

La influencia del protestantismo entre los propios católicos es superior a lo que a primera vista aparece. Teólogos hay muy doctos para los cuales la mariología es rama no cultivada, pretextando no ser de su especialidad, pero en el fondo porque les parece materia indigna de su ingenio. Y escritores católicos que creen serlo cuando se ocupan solamente de las partes a la moda de nuestra doctrina, como es el llamado cristianismo social. Olvidan que el catolicismo no tiene más apellidos que el de apostólico y romano. Se avergüenzan de hablar a secas de la doctrina católica, porque aquello se acerca a ciertas coquetas contemporizaciones con el socialismo. Pero el catolicismo es uno, esencial en él su culto de hiperdulía debido a la Madre de Dios, y sólo las empresas que se adelantan bajo el patrocinio de su universal intercesión tienen el sello de lo católico. Quienes están creyendo que esta es una devoción para mujeres y niños, ello están predicando de la Iglesia Universal. Decir que Nuestro Señor Jesucristo nació de Santa María Virgen es tan importante en nuestro credo como el dogma de la omnipotencia, o como el duodécimo de los artículos: quienquiera que niegue uno cualquiera con contumacia, sea anatema. Ni es católico ese sentimiento vago de los románticos hacia María, que la presenta solamente por sus exquisitos aspectos afectivos. No. La Madre de Dios tiene su puesto en la dogmática, princesa en la teología católica, por cierto más alto sitio que el de los Arcángeles y el de los Apóstoles. Lo cual no obsta para que sea Ella misma el centro de irradiación poética por excelencia. El Espíritu Santo la preveía cuando inspiró el Cantar de los Cantares, y ella misma fue poetisa incomparable cuando hizo saltar de amor al Bautista en el útero anciano de Isabel y entonó ese himno de exultación sin par que es el Magnificat, ante el cual son pálidos los viejos epinicios. Segundo faro de la dogmática, foco luminoso de la poesía, de la pintura, de la música, las nobles musas de la mitología quedáronse sin asiento en la fantasía del hombre cristiano y pasaron al campo desierto de los entes históricos.

María erige las basílicas, desde la antigua de Santa María la Mayor, en que sonrío el cuadro llamado Salud del Pueblo Romano y se veneran las reliquias del pesebre, hasta las audaces de nuestras modernas metrópolis americanas. Ella convierte en sacros los montes, desde Loreto a donde traslada milagrosamente su casa de Nazaret, o Zaragoza donde es fama que se aparece en el Pilar, aun en vida mortal, al Apóstol Santiago, hasta el de Guadalupe en nuestra América, o Chiquinquirá y Las Lajas en nuestro solar colombiano. Ella da dulzura a Bernardo en Claraval, rosario a Domingo contra los albigenses, escapulario a Simón Stock, espaldarazo a Iñigo de Loyola en Montserrat, estrategia a Juan de Austria en Lepanto, estilo a Francisco de Sales, pedagogía a Juan Bosco, amor al mundo en Massabiell y en la Cova de Iría, y lágrimas a los estudiantes del Colegio de San Gabriel de Quito. Ella es ternura y profundidad insondable en su hijo heredado Juan Evangelista, reminiscencia fiel de arcanos misterios en Lucas, pasión corredentora en el Gólgota, intrepidez apostólica cuando busca anhelante ese hijo que no tiene donde reclinar la cabeza y escucha desde lejos su predicación, omnipotencia suplicante en las bodas de Caná, amor materno único cuando busca a Jesús en el Templo, profecía aciaga en boca de Simeón, centro de cielos y tierra y de lo histórico y lo eterno en el portal de Belén, purificadora del Esenio en la montaña de Judea y esposa del Espíritu Santo en la Anunciación por boca de Gabriel.

Nota

María es Virgen para ser dechado de vírgenes. María es Madre para flor acabada de madres. María es viuda para ejemplo perfecto de viudas. Huérfana para modelo de huérfanas. Pierde su Hijo único, y tal hijo, para espejo de doloridas. Niña María de Nazaret para enseña de niñas. Anciana en Patmos para maestra de ancianas. Su dormición es paradigma de dulzuras, porque es dulce morir en el Señor. Su resurrección es prenda de que resucitaremos. Su ascensión son las arras que Dios nos da de que le veremos con estos ojos redimidos. Su coronación es la más alta cima en que la humanidad pudo jamás soñar, ni la hubiera logrado sin la feliz culpa de que habla el de Hipona, que tal expiación mereció.

Todas las campanas del mundo la saludan al salir el sol, la recuerdan en todos los medios días, la despiden en la problemática hora de la oración. Es reina de los cielos, esperanza del Purgatorio y refugio de los pecadores en este valle de lágrimas.

Santa María se llamaba la nave capitana en esa expedición que halló a América. Santa María la Antigua del Darién fue nuestra primera ciudad continental. Santa María de Buen Aire, y Concepción y Asunción y El Carmen, y la Villa del Rosario y la de la Candelaria, y la de Santa María de los Remedios, y la de Arma, y la de los Dolores de La Ceja, y la de La Estrella y esta misma ciudad mariana de Sonsón, que erigió a su patrona chiquinquireña un santuario en piedra, primer vértigo de lo gótico y primera elación de lo románico que impresionó mi infancia, en lo cual hallo una huella primigenia de mi invencible pasión por la belleza, toda nuestra América, y nuestra Colombia, y nuestra Antioquia, ¿qué son sino una geografía de monumentos marianos, otros tantos cantos de amor a la Pura y Limpia, todo un itinerario de lágrimas y ternuras a la madre de los desterrados, a la estrella polar de los náufragos, a la Consolación de los Afligidos?

Vuestros padres pulieron este granito duro y levantaron las dos agujas contrastadas de vuestro templo magnífico, entre lágrimas y jaculatorias. El Viejo Sonsón de los fundadores y los primeros pobladores, ese Sonsón oculto y silente que no daba aún obispos ni estadistas, era un santuario de plegarias y un taller de artífices en honor de María. Silenciosamente, en trabajo de largos años fecundos, vuestros padres y aun vuestras madres no se desdaban de ser con sus brazos —recios en ellos, delicados en ellas— el vehículo que acercara a la pequeña explanada del templo el pesado bloque granítico. Por la pendiente calzada no se conocía aún la civilización de la rueda, porque nuestras ariscas breñas no tenían un atraso de años sino de lueños siglos. El ímpetu de esta gente alentada tuvo al empezar el siglo todo el fermento fecundo de lo que representó para la civilización occidental el Medio Evo y para nuestras viejas capitales la época colonial. Vuestro templo es hermano legítimo de las antiguas catedrales que hicieron la civilización occidental. Como ellas, se levantó en medio de una arquitectura civil pobre. Tuvisteis basílica antes de tener palacios. De la roca salvaje que plantó Dios en estas soledades hicisteis el tránsito a un santuario que es orgullo del país y digna casa de Nuestro Señor y de Nuestra Señora. Como en las añejas catedrales góticas en vuestras piedras no está grabado el nombre de ningún arquitecto mortal, sino que fue todo un pueblo fiel mirando al cielo quien fijó el límite de altura de sus empinadas agujas. Ni hubo un bienhechor millonario —el feliz Sonsón de entonces no tuvo millonarios y por lo mismo no tuvo indigentes— que dejara unido su nombre al de la fábrica grandiosa. Fue el óbolo de la viuda, la ganancia del arriero, el diezmo del agricultor, el centavo difícil atado en la

punta del pañuelo lo que formó el inmenso capital de esta anónima maravilla de nuestra arquitectura. Fueron los párrocos bondadosos cuyo nombre no figura en la historia eclesiástica quienes encendieron y conservaron aquí el fuego sacro. Los convites de vecinos y no las jornadas de mercenarios, los que dieron contornos de ternura y de gracia a este poema en piedra levantado por Sonsón a Nuestra Señora, sin trahillas que movieran la tierra, sin electricidad que ablandara la roca, sin taladros y tornos que la hicieran dócil y dúctil. Milagros del amor llamado que no podrán ya imitar los presuntuosos hombres-máquinas de esta hora que contratan la construcción de un templo con una firma de arquitectos, sin que interese saber la religión de los constructores, quienes simultáneamente están empeñados en obras profanas cuando no imborrables. No. Vuestra Iglesia Mayor de hoy, que un día cercano será catedral y basílica, tiene el valor intrínseco de la obra de mano, de la artesanía, de lo autárquico, y por ello es de lo más monumental de Colombia.

No vamos a menospreciar el calicanto de nuestros amados templos coloniales. Mas generalmente los espeñoles, graves arquitectos sin duda, no supieron en nuestra América del valor decorativo religioso de la piedra desnuda, y sobre ella blanquearon indefectiblemente. Dábanle a la piedra excelentes tonos militares en las murallas y en los castillos coloniales, pero nunca supieron hacerla canto y plegaria y elevación, porque acaso predominó en ellos el chato barroco y el frondoso y amanerado churrigeresco. Salvo el frontis del templo de San Pedro Claver, demeritado por el embeleco del reloj, y que de todas maneras es obra parcial, repásense las ostentosas basílicas colombianas, y dígame si en alguna de ellas existe el valor humano de esta iglesia parroquial de Sonsón. Comenzando por las que más recientemente han recibido el galardón pontificio del título básico, el amado santuario de Las Lajas, en el que todo el paisaje es un himno a Nuestra Señora, es en su parte superior una burda falsificación de piedra tallada cómodamente en cemento. No puede decirse otro tanto de la Basílica Inferior de Las Lajas, donde la piedra es auténtica, mas su ámbito es de precaria modestia si se le compara con el de esta maravillosa fábrica sonsoneña. La Catedral Metropolitana de Cartagena, recientemente erigida como Basílica, tiene más palpables aún las huellas de la falsificación. Sus mármoles son pintados al óleo, y todo en ella una impresión de joyería de baratija. El más venerable de nuestras han cambiado cada treinta años el ábside y el coro, en forma que la cede cardenalicia deberá pensar sin tardanza en erigir un templo digno de su fama. La Basílica de Antioquia, como la de Santa Marta y la de Buga, nada tienen que supere la medianía. Las Metropolitanas de Medellín y de Manizales, empero, no pertenecen ciertamente a este número. La primera es un coloso de adobe, grandiosa y austera, representación acabada del alma grande de un gran pueblo: nuestra catedral es mayor que cualquiera de los templos romanos construídos después de la Catedral de San Pedro, y haría honor a cualquiera de las viejas capitales europeas o de las nuevas cristiandades de otros continentes. Pero sus ladrillos fueron amasados, cortados y quemados en serie en el tejatillo de la catedral. A Medellín llegaban trenes y automotores cuando se erigió su mole admirable. La construcción se realizó con peonadas jerarquizadas bajo capataces y arquitectos en una villa que ya era ciudad. En cuanto a la de Manizales, tan justamente elevada ahora al rango de las Metropolitanas, es émula afortunada de la de Mede-

Notas

llín. Su majestuoso gótico ha disfrutado de todos los adelantos de la moderna técnica del hormigón, y su alma de acero ha podido conquistar el espacio sobre la alta cumbre manizalita con todo el desenfado mecánico que caracteriza el triunfo de sus hombres. Pero esta Iglesia Mayor de Sonsón no tuvo la asistencia permanente de los arquitectos extranjeros. No se importó para elaborarla mano de obra foránea. Dentro de una concepción grandiosa y unitaria, fue erigiéndose a fuerza de plegarias y limosnas, con herramientas primitivas, sin caminos de hierro, sin ruedas que trajeran cemento, sin manera de fabricar en serie sus bloques, pues uno a uno habían de ser pulidos a mano. Es cierto que sus columnas no son monolíticas, como se exige en la Roma de los mármoles. Ni tiene el deslumbrador arrebató del mosaico imperial de San Marcos y los demás templos bizantinos. Ni las esculturas talladas de las puertas de Notre Dame. Ni el original gótico del Duomo Ambrosiano. Ni la altura celeste de la catedral de Colonia, ni el campanil inclinado de Piza, ni el Bautisterio de Florencia, cuya puerta, al decir de Miguel Angel, es digna de cerrar el paraíso. Pero hay en cada canto labrado aquí tanta fe, tanto anonadamiento piadoso, tanta humildad popular y anónima, tanta primitivez, y en el conjunto una tal armonía grandiosa, una tal proporción de las partes innumerables con el todo único que este templo vuelve a hacerme llorar como en mi infancia abrumada, no obstante mi tránsito fervoroso por aquellas sonadas arcadas de tanta nombradía.

Se me ha dicho por quienes se jactan de geólogos que no es eterno este granito. La sal y la humedad lo irán corroyendo en forma tal que un día se desleirá, tal vez más presto que esa curiosa catedral de sal cavada en Zipaquirá. Acaso tamaño dolor lo presenciarán nuestros hijos y acelerarán el proceso de la licuación de esta piedra noble con el fluír de sus lágrimas. Tal vez de este templo, como del único de Jerusalén, no quedará piedra sobre piedra. Pero en aquel día triste para la historia del arte colombiano, un supremo holocausto ofrecerá Sonsón a Nuestra Señora. Sus piedras se volverán lágrimas, como fueron en su prístina forma generoso sudor. Se desharán de amor a la Virgen. Y ese día, sonsoneños del siglo XXI, si os alcanzara mi voz ya cansada desde su juventud, reuniones de nuevo en un haz de plegaria y de amor. Comenzad de nuevo la construcción de la catedral. Traed al hombro los cantos de las vegas de vuestro río diminuto y tremendo. No contratéis con vuestros millones la construcción de un templo. Peregrinad agobiados como bestias de carga para demostrar vuestra esclavitud mariana. Renunciad a la rueda y a la fuerza motriz, y recordad que la piedad tuvo más energía que ellas para erigir vuestro almo templo. No uséis alma de hierro, ni adobe fabricado en serie, ni cemento armado. Volved a hacer este mismo templo, con este mismo material deleznable, para que vuelva a deshacerse de amor, y para que dejéis digna tarea a la generación siguiente, no sea que se corrompa en la ociosidad.

Pero ahora, mientras tenéis aquí el santuario, el santuario dos veces profanado, la una por los fariseos que lo desentejaron para calumniar al justo anciano párroco, la otra por la soldadesca que abrevó en la pila bautismal sus cañalleras, orad aquí sonsoneños. Aquí donde las matronas de ayer pidieron a la Virgen un hijo sacerdote, y Ella coronó de mitras ilustres su parroquia. Aquí donde el montañés guerrillero y analfabeto pidió a Nuestra Señora un poco de ciencia para sus hijos, y brotaron toda esta legión de sonsoneños doctos, cuáles en los más responsables sillones de la República, cuáles en pulsar el arma o en estudiar los recónditos secretos de la naturaleza, cuáles en el difícil gobierno de las almas o en la dirección de las más complejas empresas humanas, en el foro y en

la industria, en la medicatura y en las matemáticas, en la lingüística y en la historia, en la tribuna y en el púlpito.

Vuelvo a Sonsón, a llorar bajo sus ojivas, a sentir este ambiente diáfano en que reina Nuestra Señora, a cantarte a tí, María, en esta montaña tuya, donde hay aún muchas Isabeles que gozan porque tienen un hijo y algunas Magdalenas que lloran porque tuvieron un pecado. Vuelvo a los recodos de tus caminos, todos iluminados por la sonrisa de alguna imagen tuya. Vuelvo a rememorar aquellas vísperas de la Inmaculada, en que todo Sonsón era una luminaria en tu nombre. A cada metro, en las calles rectas y empedradas, bajo el alero protector que olvidó la apóstata arquitectura de hoy, durante todo el año había una instalación que esperaba tu día de luz, tu 8 de diciembre. Recuerdo tu monumento blanco, camino de Abejorral, donde tal vez murió un niño, y el más suntuoso que erigió en el camino real un severo cura prócer. Y el ingenuo retablo que enmarcan los campesinos en la barranca y que el clima se encarga de decorar con flores espontáneas.

Y vengo, Señora, a declararte este amor sin palabras —no por sabido callado— que pilió a puño la piedra y te mandó hacia el cielo dos agujas para que te lo estén repitiendo de día y de noche, mientras en los hogares todos se eleva, como el humo, el coro de tus loores.

DE "MARIA" Y OTRAS NOVELAS COLOMBIANAS

Por Gabriel Henao Mejía

Un inesperado ocio en algún lugar sin comodidades para solazar el espíritu —como no fueran las del cordial correr de los días sin empeño— nos propició la manera de leer de nuevo "La María", único y desteñido testimonio bibliográfico que las letras poseían en aquel grato y solariego sitio, cercado de calor y color vegetal por todas partes, y apto como el más para la holganza del pensamiento y el reposo corporal. Ahí volvimos a repasar el idilio de Efraín y de María, favoreciéndonos su lectura un oportuno examen de conciencia y un retrospectivo e introspectivo intento por valorar la obra, comparando la lejana y casi esfumada memoria que conservamos de cuando la leímos —hace veinte años— y la impresión que ahora nos ofrece su nueva lectura, en lugar por demás muy adecuado para tal menester.

Y al realizar un esfuerzo de voluntad para no abandonar la lectura de la obra cuando el sueño o la molicie nos eran más gratos, fueron saltando —con perversa insistencia— los interrogantes. ¿Por qué ahora encontramos ingenuo el desarrollo de la novela, si antes —hace cuatro lustros apenas— convivimos emocionados el derrotero atormentado y enamorado de las dos vidas centrales de la obra y aún aquellas muy fugaces y marginadas del tema primordial? ¿Por qué ahora se nos presenta casi sin valía la obra que hace años mereció nuestra total aceptación y nuestras más honestas complacencias? ¿Por qué ya nos disgusta la almibarada delicadeza del tema y el desabrochado romanticismo que resuma, si otrora nos deleitamos con la obra y la sentimos absolutamente? ¿Por qué su estilo, su trama, su técnica, se nos hacen ahora fatigosos, casi sosos, si enantes los aceptamos indiscriminadamente y sin asomos de crítica? ¿Por qué, en fin, ya no nos place la novela si, sinembargo, nos siguen gustando los folletines policíacos,

Notas

de suspenso, que trajinamos aún antes de leer "La María" y cuyo estilo, trama y técnica no han variado esencialmente desde entonces?

Resolver detalladamente estos interrogantes equivaldría a hacer una confesión intelectual, demasiado personal en sí para tener interés, del proceso de integración cultural que cada hombre va forjando y experimentando a través de los años, en un depurar y decantar los afectos y los gustos sin pausas y sin prisas, en un seleccionar y limitar las complacencias del espíritu imperceptible pero ciertamente. Alguien afirmó exactamente que cultura es lo que nos queda después de olvidar todo lo que aprendimos. Nosotros agregaríamos que es la mutable atracción por lo que en el campo intelectual se acerca más a nuestro propio pensar, a nuestro mejor querer y poseer, a ese sedimento espiritual que cada hombre inquieto por la vida extramaterial guarda avaramente después de aventurarse por la obra y el pensamiento de otros más privilegiados mentalmente. Quedaría así respondida para nosotros la serie de interrogantes atrás planteada, interrogantes surgidos de una extemporánea lectura de la obra de Isaacs. Pero no queremos pretender que el concepto que aquellos interrogantes implican en relación con el valor de "La María", sea el más general y acertado para una crítica de la novela, pues el axioma en cuestión de gustos, lo dice un sabio adagio en otros términos, es impertinente.

Hablemos sólo del carácter romántico de la obra, para juzgar de su vigencia aún hoy y para valorar sus méritos como única novela colombiana de repercusiones internacionales. Precisamente en una notable edición de "La María", realizada en México a finales de 1953, el prologuista —E. Anderson Imbert— se refiere a ello así: "En la obra de Isaacs son patentes los rasgos románticos: el yo de llaga viva que se crispa de dolor, al menor roce con el mundo huye en busca de soledad, desespera de la vida y paso a paso se acerca al suicidio; la melancolía como blasón heráldico de una nueva aristocracia, y su ejercicio caballeresco por las casas abandonadas y los sepulcros crepusculares; lo exótico, que desde la lejanía manda su luz misteriosa, y el paisaje vernáculo, tan sensitivo como el alma del poeta; la creencia de que la verdadera naturaleza humana es espontánea, sentimental y talvez andrógina; la simpatía para lo popular y lo lugareño y la nostalgia de cuanto había sido olvidado o desdeñado por las racionalistas; una prosa de violines; los tópicos de la mujer-ángel, el amor-conocimiento de la realidad y la fatalidad de lo absoluto..."

Pero esos ingredientes sentimentales que saturan y atiborran la obra de Isaacs ¿ya han desaparecido del planeta, son desuetos testimonios de pretéritos tiempos que han cedido el campo a menesteres y pasiones más tangibles, menos ideales, más mezquinas si se quiere? En parte puede ser verdad para muchos, aunque podría responderse mejor que la vigencia de siempre que mantiene la obra de Isaacs se debe sin duda a que ella es una novela popular en el mejor sentido del vocablo y como tal perdurará más allá de nuestro tiempo, porque en las masas las pasiones y los afectos tienen un más retardado devenir, un más lento evolucionar. "El artista debe atender la voz profunda del pueblo, porque en esa voz resuenan la naturaleza, la vida y la historia", según canon romántico que Isaacs aprendió cabalmente. Porque es indudable que "La María" es una novela popular sin linderos en lo costumbrista o lo folklórico, caracteres de que adolece toda nuestra otra producción novelística. Ahí radica seguramente el valor primordial de esta obra y ello garantiza su difusión por ambos mundos. Es lástima sí que sea esta obra la única que haya traspasado definida y definitivamente nuestros ariscas fronteras literarias y permanezca insularmente encua-

drada, con vigencia muy actual, en todo el universo hispanoparlante. Para sincerar esta valía continental quizá sirva de algo y como prototipo el interrogante que alguna vez alguien se propuso: "¿Quién que es, no es romántico?" Porque el mundo presente, pése a todo y especialmente a las apariencias, sigue siendo en su más íntima estructura romántico. Acaso más que antes. Sólo que la capacidad angustiada, inestable, huidiza y violenta de la época hace que lo sentimental se mantenga muy adentro, a flor de alma, casi inédito. Pero si analizamos desprevencionalmente las obras novelísticas europeas de post-guerra, encontramos tras la corteza del más fiero realismo, un fondo sentimental, un saboreado acento íntimo, un sobrio condimento lírico que está seguramente más cerca de "La María" que de "La Vorágine", para contraponer las dos especies novelísticas más autorizadas de Colombia.

Un escritor aunque quiera reproducir la realidad, no puede menos de espiritualizarla. El escritor no contempla el paisaje, contempla su visión del paisaje". Lo transcrito nos adentra en las cualidades descriptivas de "La María", en contraposición a la fuerza telúrica y únicamente telúrica que anima y vive en "La Vorágine". Porque en la novela de Isaacs el tema es el hombre con toda su desmelenada sensibilidad muy siglo diecinueve, pero con la verdad de su ser que sufre y sueña, que se agita y conmueve, que lucha y goza, como cualquier buen humano de esta fugitiva edad atómica, sin que el paisaje sea otra cosa que decorado y fondo de la vida. Por el contrario en la obra de Rivera el paisaje es el centro, el motivo, la temática constante de la novela, de tal suerte que el hombre —así posea las viriles aristas de Cova— naufraga en cada página, se diluye, y aminora frente a la formidable maraña de la jungla, frente al maravilloso tejido del léxico riveriano que canta la selva y su misterio. Y el hombre periclita aún antes, mucho antes de que en la trama novelística se afirme como epílogo indefectible que "se lo tragó la selva".

Anderson Imbert captó admirablemente esto cuando dice en su Prólogo: "Isaacs sabía que el paisaje era un gran tema literario. Y lo desarrolló magistralmente al modo romántico, es decir "como un estado de ánimo". La naturaleza era trágica, tenía fines, que eran los que Dios había dado a toda su creación. Árboles, lagos, cielos, se compadecían de las cuitas de su hermano el hombre. Por eso el paisaje entró en la novela para cumplir la función artística del coro trágico. María está en las manos del paisaje como las azucenas en las manos de María: "¿Qué había allí de María en las sombras húmedas, en la brisa que movía los follajes, en el rumor del río?" Efraín se mueve en el paisaje, y el paisaje se mueve en él. "Si la felicidad nos acaricia —dice— la naturaleza nos sonríe". Y cuando corre hacia María, presintiendo que ha de encontrarla muerta, ve "los resplandores amarillentos de la luna, velados a veces, fúnebres siempre", que alumbran selvas y ríos como si fueran "muros de sala mortuoria". Junto al paisaje-jardín, por donde pasea María, Isaacs nos describe la naturaleza sin María, terrible, desordenada y enemiga: Paraíso y Purgatorio. La novela del Infierno, del infierno verde de la selva surgiría más tarde, y entonces los hombres valdrán menos, estéticamente, que las serpientes: la culebra de "María" se convierte en la magnífica "Anaconda" de Horacio Quiroga".

Por ello "La María" es distinta y está distante de toda la producción novelística colombiana, llamándola así por favor enumerativo pero sin que nuestra producción de este género pueda ajustadamente escudarse en tal categoría literaria. Porque nuestras novelas, desde "El Alférez Real" hasta "El Cristo de Espaldas" no son otra cosa —con excepción de "La María"— que cuadros de cos-

Notas

tumbres o relatos folklóricos o, a lo más, pequeñas obras maestras del cuento con un relleno literario que les da el volumen y paginaje de novela, pero nunca su esencia y su técnica. Esto cuando no se reducen —como en “La Vorágine” y en muchas obras colombianas más de sospechosa similitud temática —a patéticos y deslumbrantes episodios de la naturaleza en su forma más bravía, en los cuales el hombre es apenas un hito o un testigo que señala la prepotencia del paisaje con inhibitoria sorpresa o resignada opacidad.

Queda por tanto la vigencia de “La María” como islote de nuestra novelística en el mundo de América, sin que ello nos plazca ni la cultura lo agradezca. Pero es una verdad incontrovertible que debemos recoger. Citemos como final de esta deshilvanada glosa que la casualidad nos inspiró, a Anderson Imbert: “La verdad de ese lenguaje de delicada sensualidad seguirá conmoviendo a los lectores de María aunque los cambios en las costumbres nos alejen cada vez más de tanto recato. María enseñó a amar en América con las mismas cándidas lecciones que Isaacs había aprendido en los europeos. Y así como Lamartine despertó el amor de Graziella leyéndole a Paul et Virginie y Efraín el de María leyéndole Atala, llega un momento en que también María se hace clásica y empieza a circular de mano en mano como un breviario de amor casto: esa Lucía de Zogoibi, del argentino Enrique Larreta, toda estremecida por el ejemplo de Efraín y María, señala, en la historia de la novela americana, la ascensión de Isaacs al olimpo de los grandes románticos”.

PRIMERAS JORNADAS BIBLIOTECOLÓGICAS COLOMBIANAS

Por José Rodríguez H.

En los días del 19 al 24 de julio del presente año se efectuaron las primeras jornadas bibliotecológicas colombianas, en la ciudad de Bogotá. La Biblioteca Nacional abrió sus puertas a esta iniciativa que orientó acertadamente el señor Carlos Víctor Penna, asesor técnico de la Unesco, para el mundo occidental.

El panorama bibliotecológico en Colombia, antes de este certamen era francamente desolador. Esfuerzos aislados se hacían en Bogotá, Medellín, Barranquilla y otras ciudades. Pero todo carecía de coordinación. Si se tiene en cuenta que sin bibliotecas no puede haber desarrollo cultural, se debe pensar también que las solas agrupaciones de volúmenes de nada servirán sin expertos y dinámicos bibliotecarios. La profesión bibliotecaria, si se puede hablar de tal profesión entre nosotros, no ha merecido la atención de la clase culta, por cuanto ni los mismos bibliotecarios hemos tenido la conciencia clara de nuestra misión.

De allí que se hiciera sentir la necesidad de levantar la moral de los que atienden a la difusión del pensamiento escrito, para que, una vez conocida su responsabilidad, se den por entero a llenar sus funciones con clara conciencia de sus obligaciones. Sin este primer paso, sería inútil pretender el apoyo moral y material de los medios culturales.

Estas primeras jornadas bibliotecológicas son pues, el jalón inicial que señala el derrotero que es indispensable seguir si no se quiere que las bibliotecas de nuestro país sigan siendo, como ocurre en la gran mayoría de los casos, simples depósitos de libros, en vez de asumir el papel de orientadoras y de aliadas indispensables de todo género de cultura.

El Dr. Guillermo Hernández Alba, director de la Biblioteca Nacional, puso a la disposición de los bibliotecarios colombianos, no sólo la entidad bajo su dirección, sino también todos aquellos centros que por su índole era indispensable conocer. La biblioteca del Banco de la República, la del Concejo Municipal de Bogotá, el Centro Interamericano de la Vivienda, la biblioteca que fue de don Antonio Gómez Restrepo, entre otras, estimularon con sus adelantos a los visitantes.

Los temas, todos de gran trascendencia, fueron ampliamente discutidos. Fueron ellos: La biblioteca, el bibliotecario y la ciudadanía, por el Lic. D. Luis Flórez, jefe de intercambio científico del centro interamericano de la vivienda; Formación profesional del bibliotecario, por D. Rubén Pérez Ortiz; El servicio de las públicas modernas, por D. Ernesto Delgado; La Unesco y su acción en la actividad bibliotecaria, por D. Carlos Víctor Penna, asesor de la Unesco para la Biblioteca Pública Piloto; Consideraciones sobre bibliografía, por D. José Ignacio Bohorquez; El servicio bibliotecario en Colombia y los problemas de la investigación científica, por D. Manuel José Forero.

La sola enumeración de los temas es ya un índice de la seriedad de estas jornadas. Las conclusiones, todas tendientes a unificar el criterio bibliotecario, a fomentar el anhelo de superación y a dar impulso a las iniciativas particulares, desparramadas por todo el ámbito del país, empezarán a dar frutos seguros, en manos de los amigos que, venciendo serias dificultades, se congregaron impulsados por el mismo anhelo de superación.

Uno de los resultados y quizá el más apreciable fue ciertamente el de la entrañable amistad que se trabó entre los elementos bibliotecarios que hasta entonces se desconocían profundamente e ignoraban que en todos los rincones de la patria, otros también luchaban ahincadamente en el laudable afán de propagar la cultura y hacer una patria más amable y más grande.